

MOVIMIENTO NACIONALISTA ARGENTINO

EL GRUPO DE LA RECONQUISTA

DIA DE LA RAZA



BUENOS AIRES, OCTUBRE 11 DE 1972

RESTAURANTE RETIRO F. N. G. M.

EL MOVIMIENTO NACIONALISTA

Los discursos que siguen, fueron pronunciados durante la comida de camaradería nacionalista que se llevó a cabo el 11 de octubre próximo pasado, en las instalaciones del Restaurante Retiro.

En la misma, organizada por el "Grupo de la Reconquista" para conmemorar el 480 aniversario del Día de la Raza, hablaron los Sres. Ricardo Curutchet y Luis María Bandieri, del grupo organizador y Vicente Gonzalo María Massot, perteneciente a la "Guardia de San Miguel Arcángel".

EL MOVIMIENTO NACIONALISTA

“Dos fuerzas —y sólo dos— están en condiciones de regir los días venideros. Una representa una elaboración ideológica marxista... La otra es encarnación de lo espontáneo argentino, encaminado según sus raíces históricas y culturales. Antiburguesa, en tanto niega que el hombre sea una función del lucro; antimarxista, en tanto niega que el hombre supere su dependencia del lucro a través de una radical despersonalización. Comprende en cambio al hombre en su dimensión nacional y lo sitúa, económicamente libre, dentro de una Patria reconquistada, en su justa condición de “portador de valores eternos”. Esto es lo que llamamos **Nacionalismo**”.

(de la Declaración Fundacional)

Por eso planteamos la **Oposición Nacionalista**, es decir, la necesidad de formar una conciencia política generalizada, que sirviera de anuncio y definición a la Revolución Nacionalista destinada a extirpar al Régimen y a su séquito de caos, miseria, entrega e injusticia”.

(VISPERAS, Nº 5)

El **Grupo de la Reconquista** plantea, desde este primer acto público, la necesidad impostergable de organizar las capacidades individuales y las particulares vocaciones en el Movimiento político integral. Tal es el sentido de esta convocatoria.

El Topo Blindado

Palabras pronunciadas por el señor Vicente Gonzalo María Massot:

Me piden quienes han dado nacimiento al patriótico "Grupo de la Reconquista" —pedido el cual me apuro en agradecer, por caber a mi conciencia y decencia hacerlo— que, en nombre de la juventud nacionalista, me dirija esta noche a todos ustedes. Creo, sin embargo, y lo afirmo dejando de lado cualquier tipo de aspavientos o falsa modestia, no merecer semejante distinción; pues seguramente habrá, entre los muchos camaradas presentes, alguno con más virtudes y méritos.

Yo, para ser escuchado, puedo reivindicar, como único título, el no haberme arrepentido nunca de formar filas, en apretado haz, junto a quienes "han exaltado el amor a la Patria hasta el misticismo y su respe-

to hasta la veneración", esto es, el no haber apostatado del nacionalismo al cual, por qué negarlo, me enorgullezco de pertenecer desde hace escasos, pero intensos, cinco años. Si esto es blasón suficiente, les ruego atención.

No sé si ustedes, camaradas, tienen acabada conciencia del carácter significativo, del rasgo dramático y, a la vez, decisivo que posee este acto. Si lo comprenden, guárdense de buscar en mis palabras, el giro brillante o la frase genial. No podemos dejarnos engañar por la vanidad estética. Demasiados son ya los mercaderes de la oratoria narcisista, que no trasciende la pura forma, para incurrir en ella. Vivimos —¿qué duda cabe?— años decisivos. Y, justamente por ello, no debemos perder el tiempo; antes al contrario, resulta necesario aprovecharlo porque "los días, como bien asienta San Pablo, son malos".

Alguien, no muy avisado, tomando al pie de la letra lo que termino

El Topo Blindado

de decir, podría preguntar: ¿Pero qué hacen todos sentados alrededor de una mesa, cual burgueses satisfechos, mientras la Patria se desangra? A lo cual, claro está, debería responderle que nada hay aquí de guaranguería o tilinguería burguesa. Estamos reunidos, como hijos agradecidos de la hispanidad— y no como burgueses, porque el burgués ni agradece, ni cree en la Patria ni tampoco en la Madre Patria—; estamos reunidos, decía a fin de volver, otra vez, sobre las excelencias que nos legó España. El hecho mismo de hallarnos sentados en una mesa, de comer debidamente, de hablar este idioma, en suma, el hecho de ser gente, se lo debemos a España, pues por España somos gente.

Sin perjuicio de continuar luego con el tema de la juventud nacionalista ante la hora actual, crea impostergable, so pena de reprimir todo el amor y la admiración que siento hacia España, precisar, aunque más no sea someramente, algunas ideas.

Hace aproximadamente cuarenta años, un humilde sacerdote español—a la sazón residente en Buenos Aires— don Zacarías de Vizcarra, escribía en "El Eco de España": "El 12 de Octubre, mal titulado Día de la Raza, deberá ser en lo sucesivo el Día de la Hispanidad". Por desgracia, el deseo del clérigo antedicho no se ha cumplido. Salvo algunos nacionalistas, entre los que nos contamos, la mayoría del país sigue ignorando que, en rigor, lo que debiera festejarse mañana es el Día de la Hispanidad. Y no es para menos, si hasta nosotros también dudamos alguna vez.

Acostumbrados a los términos tan grandilocuentes como vacíos, con que el liberalismo ha querido drogar y amnestiar nuestra ciencia histórica: "América para la humanidad"; "La victoria no da derechos"; "Gobernar es poblar", y demás monsergas; cuando nos hablan de la Hispanidad el primer impulso es el de creerla

una utopía, una ensoñación más de la ya larga cadena debida a quienes han pretendido robarnos, infameamente, la Grande Argentina, soñada por el no menos grande Leopoldo Lugones.

Cuando, tras ese primer impulso, intuimos que la Hispanidad no es una idealización pensada por inquisidores o una abstracción inexistente, menos aún, un concepto hueco; cuando comenzamos a darnos cuenta que moldeada en el ideal de vida del sacerdote y el adelantado—de la cruz y el hierro— la Hispanidad ha sido impulsada por hombres cuya vida ha estado consagrada, en su totalidad, a Cristo y que, llegado el momento, han aceptado la muerte "aalegramente", "poéticamente", es cuando, sobre nosotros, se desenfundan las armas que protegen la nefasta Leyenda Negra.

Empero, mal que les pese a quienes echaron a correr tal infamia, un Continente hincado ante la cruz del Redentor, ante Cristo crucificado, que se persigna: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén", resulta la prueba más clara y preclara de que seguimos siendo, y con honor, la prolongación de España en América.

A 480 años de la gesta del Gran Almirante, es a esa España "...concentración de la Fe, masa dura, y trinchera de la Virgen María...", según Claudel, a la que le testimoniamos sincero y emocionado homenaje filial.

Volviendo a lo nuestro: ¿qué papel le compete a la juventud nacionalista hoy? Ante todo, es menester aclarar que nos movemos en un tembladeral. La política, lejos de ser ese "haz de hechos que un grupo eminente de personas lanza sobre un pueblo", lejos de subordinarse a la moral para, así, ordenar a la Comunidad en el camino del Bien Común, se ha vuelto, por efecto de demagogos y tradidores, cobarde y retorcida. Cubil del resentimiento de los que se creen con derecho a decir lo que más les vie-

El Topo Blindado

ne en gana, sea flasfemar el nombre de Dios, atentar contra la Patria o pervertir los lazos familiares, la política ha terminado siendo un campo vedado a los hombres de bien.

El freno de la conciencia ha sido sacrificado al libre examen, verdadera anarquía de la mente. El dique de la ley, luego de un largo proceso que comenzó cuando alguien dijo que los monarcas eran superiores a las leyes y que epiloga hoy con los carteristas y rateros creyéndose superiores a esas mismas leyes, ha desaparecido. Quien siente ánimo de pervertir, pervierte; quien desea robar, roba; quien desea asesinar, pues no tiene más que conseguirse una metralleta y asunto terminado. Total, después puede arreglarse alegando que fue en defensa de las clases marginadas y del proletariado. Leguleyos no faltarán para asumir una defensa que les reportará los elogios del cine, teatro, prensa y demás instituciones "comprometidas"; la cobardía del régimen, unida a su falta de fortaleza harán el resto.

Dentro de este panorama nos encontramos inmersos. Pero existe una diferencia fundamental entre nosotros, los jóvenes, y las generaciones mayores. No sé si se han dado cuenta que somos la juventud más cortejada y festejada de la historia. A la juventud, hoy, le está permitido todo; nada le es prohibido o retaceado. Si la juventud se encuentra descontenta con lo que halla frente suyo, es lícito que lo destruya. Nadie vendrá después a pedirle explicaciones, porque ella no tiene necesidad de justificar, con razones válidas, su actitud, aunque sea criminal. Nada de autocríticas, nada de explicar disconformidades. Se sabe lo que no se quiere. Eso basta y sobra.

Si un joven se pelea con sus padres, es porque éstos le temen al diálogo; si le vedan las relaciones prematrimoniales, es por efecto de sus prejuicios; si intentan enseñarle a comer, vestirse y comportarse en socie-

dad, son unos burgueses. El joven siempre tiene razón, y si por casualidad no la tuviese habría de dársela.

Esto asentado, si me escuchase un miembro del "Poder Joven" o alguno de esos depravados de roñosas melenas y flores marchitas de la tilinguiería pacifista, que se creen los liberados por tomar drogas y abusar salvajemente del sexo, seguramente me acusaría de cavernícola, de reaccionario o, quizás, diría que soy un traidor a la juventud. Demás está decir que tales acusaciones me entrarían por un oído y me saldrían por el otro. A palabras necias, oídos sordos.

Es un verdadero orgullo para mí, y lo digo como deben decirse las cosas serias, sin ambages ni circunloquios, poder contarme entre quienes, despreciando las sucias chirolas y los bajos placeres que les ofrecía la inmoralidad del sistema a cambio de su personalidad, supieron conservar su independencia, reservándose para la batalla final. En otros términos: esos mamarrachos exhibicionistas llamados hippies y, también, los revolucionarios de pacotilla, muy de moda en la Universidad, por mucho que les pese han cedido, han apostatado miserablemente, se han venido al mejor postor. Se les alabó sin tasa ni medida y han terminado cayendo en la trampa. Con lo cual, lo único que han demostrado es su poca independencia de criterio, su escasa fortaleza y su ninguna vergüenza. A ellos, a esa "juventud", entre comillas, cortejada y festejada como ninguna, el mundo moderno le ofreció todo; desde drogas, hasta la posibilidad de jugar a la revolución, pasando por el amor libre y el libertinaje. De suerte tal que, una vez corrompida, negó a Dios, blasfemó su nombre, descreyó de la Patria, de sus padres, de la familia y de las costumbres, y no sólo el mundo moderno se lo permitió, sino que la apañó y estimuló. Y la antedicha "juventud", muy segura de sí misma, muy confiada de su misión histórica, acep-

El Topo Blindado

tó de buen grado todos estos regalos, creyéndolos gratuitos. Lo que no sabía, o no quería saber, era que, al aceptarlos sin más, se estaba traicionando sola; en puridad de verdad, se estaba traicionando a sí misma. Porque lo que este mundo, erigido a espaldas de los eternos valores de la religión —que es una, santa, católica y apostólica— y del espíritu quería, era disolver en un vaho de humo de marihuana el ardor y el patriotismo inherentes a cualquier juventud. Quería darse el gusto de ver cómo los efectos alucinógenos de la droga, impedían a la juventud ver a su Patria como es debido: de frente y con el corazón y los ojos bien abiertos.

Mas las excepciones existieron a lo largo y ancho de la Tierra. Y nosotros, los jóvenes aquí presentes, somos parte integrante de esa excepción. Por eso hablaba antes del orgullo que tenía de poder contarme entre quienes supieron mantenerse firmes ante el embate de la inmoralidad.

Nosotros seremos los nostálgicos, los inmovilistas, los retrógrados e, incluso, los fascistas; pero no hemos apostatado de nuestra misión. Pese a los infundios malintencionados y peor inspirados, le hemos dicho NO a la vergonzosa corrupción reinante. De ahí que nos diferenciemos claramente, como lo bueno se diferencia de lo malo, lo moral de lo inmoral y lo limpio de lo sucio, de esta otra "juventud" que en última instancia, bajó los brazos y se traicionó conscientemente por una miserable paga, renunciando a todo lo puro y sano que podría esperarse de ella.

Nosotros somos los que afirmamos la realeza y soberanía de Cristo sobre las naciones; los que sentimos a la Patria, no como una mera etapa dialéctica a superar con el advenimiento del triunfo final del proletariado o como una abstracción literaria, sino como una realidad histórica, la suprema realidad de orden temporal; somos los que todavía creemos en la ca-

ballerosidad y el honor, y, por creer en éstas, vale decir, por la sencilla razón que todo caballero, que todo hombre de bien que valore el honor, debe estar dispuesto, llegada la ocasión, a morir por una mujer, es que nos constituimos "en servidores de la única mujer en cuyo servicio, perdiéndolo todo, se salva toda: la Virgen María". Somos, finalmente, los que creemos que con la Patria, como con los padres, se está con o sin razón.

Yo vengo, como verán, a hablarles de deberes más que de derechos. Y no se me escapa cuán impopulares son mis palabras, para un mundo de valores trastrocados, en donde la honradez y la valentía han sido catalogadas de vetustas, donde se ha hecho normal y razonable ver a sacerdotes casados o transformados en guerrilleros, a demagogos elevados a la categoría de héroes y a traidores erigidos en gobernantes.

Sobre nosotros pesarán, como han pesado ya, las más variadas acusaciones. Ante las mismas no podemos ni debemos retroceder. Bien es verdad que las fuentes de la inquina y de la insidia son inagotables; pero no es menos cierto que una mentira que no nos tomamos el trabajo de aclarar debidamente, adquiere, con el tiempo, la autoridad de lo verdadero. Se nos dirá, por ahí, nostálgicos. Contestaremos que valoramos los tiempos pasados, porque nos gusta vivir con lo que siempre ha de perdurar. Porque el pasado no es peso, ni traba, menos aún, fosilidad, antes bien, es afán de emular lo mejor. Se nos tildará de inmovilistas, tras lo cual retaremos a quien nos haya acusado de tales, a edificar algo fuerte, sólido y duradero, sobre un tembladeral. Se nos acusará de reaccionarios. Y reacción, a secas, como tantas otras palabras, no nos dice nada de su orientación vital. Una reacción se define, en última instancia, por el objeto que persigue. Si alguien pretendiese burlarse de Dios o atentar contra la Patria, reaccionaria-

El Topo Blindado

mos. Si por eso nos dicen reaccionarios, enhorabuena. Se querrá lapidarnos con el mote de fascistas. Ante todo, debemos aclarar que, como argentinos, no somos ni fascistas, ni falangistas, ni nada que tenga, en esencia, que ver con otras nacionalidades. Pero enseguida, por cumplir a nuestra conciencia decirlo, es imprescindible, sin temor al escándalo, dejar bien sentado nuestro respeto y admiración no sólo por el hombre que, merced a los Pactos de Letrán, le devolvió Dios a Italia e Italia a Dios, y por aquel que cayó un 20 de noviembre en Alicante, al grito de ¡Arriba España!, sino por todos los que, entre 1938 y 1945, murieron defendiendo Europa de la barbarie moscovita.

Ahora bien, si ha sido un mérito el habernos sabido apartar del canto de las sirenas, aliadas al régimen, no por ello debemos conformarnos y dar por finalizada nuestra labor. Guardémosnos de caer en el conformismo inerte, propio de los sin ambición, de los pusilánimes. Nosotros debemos ser ambiciosos al máximo, en el buen sentido de la palabra claro es. No puede satisfacernos el haber cumplido en parte, porque eso tiene valor en la medida que se continúe la lucha buscándose el todo. O el valor absoluto que significa la restauración de la Grande Argentina para gloria de Dios, o la nada absoluta. Ningún término medio es lícito. Y presento esta disyuntiva, pues hacia ella marchamos y conviene estar preparados.

Yo no soy el Oráculo de Delfos, ni valoro la propectiva, pero vislumbro que se aproximan días decisivos. Este estado de cosas no puede durar mucho más. Y es claro que nada bueno puede salir, para la Nación, de un acto eleccionario. Hemos de volver al reinado de los partidos, es decir, al reinado de esas verdaderas sociedades anónimas de irresponsabilidad ilimitada para la explotación del sufragio universal; volverá el voto ciego e irresponsable, en virtud del cual cincuen-

tiún idiotas tienen razón frente a los cuarentinueve restantes; otra vez habremos de soportar, en el Congreso, la omnipotencia de cuatro o cinco abogadillos charlatanes y sin pleitos; en síntesis, una vez más, en caso de haber elecciones, estará a la orden del día la variante democrática del régimen.

Pero me parece que lo democrático liberal, para llamarle de alguna manera, está agotado. El liberalismo, que no cree en nada ni siquiera en sí mismo, ha de terminar sus días pronto, pagando un alto precio por ese descreimiento del que hizo y hace gala. La lucha final y, por ende, definitiva, se me ocurre ha de entablarse entre el nacionalismo y el marxismo. Y como las cartas hállanse sobre la mesa y se encuentra en juego el todo o nada del país de los argentinos, ese combate será cruento. Aquí quería llegar.

Yo podría, esta noche, haberles dicho unas palabras cargadas de optimismo, llenas de confianza en una Argentina que, indefectiblemente, se salvará y en un nacionalismo el cual estará a la altura de los acontecimientos y, triunfante, concretará la tan ansiada Revolución Nacional. Sin embargo, los estaría engañando a ustedes y me estaría engañando a mí mismo. Creo que hoy, el optimismo es cobardía; el optimismo supone ver la realidad con anteojos color de rosa, y eso no me sirve para nada, salvo para vivir en una falsedad total, en un mundo de fantasía. Más bien, si tuviese que definirme, diría que soy un pesimista intrépido. No pesimista a secas, porque el pesimismo a secas niega la esperanza, y donde no hay esperanza mal puede haber esfuerzo. Sí pesimista intrépido, pues en el pesimismo estaría asumiendo una posición más acorde con la realidad; y en la intrepidez, estaría encuadrada la esperanza que, como católico, apostólico y romano, espero no perder nunca. Respecto al futuro, tanto in-

El Topo Blindado

mediato como mediato, no sé, con seguridad, nada. Mas, de acuerdo al curso actual de los acontecimientos, sería una zoncera ilusionarse con grandes triunfos del altar y de la Patria.

Nuestra labor ahora, es prepararnos para enfrentar los días aciagos y difíciles que se avecinan. No creo que la juventud nacionalista sea la única fuerza creadora y combativa de que dispone la Patria, pero cuenta y contará más aún si logramos conocernos y complementarnos mejor. Lejos debe estar de nosotros el amor a la vida cómoda; tenemos que ser soldados y dar el paso al frente cuando de defender a Dios y la Patria se trate. Pero, para ello, no debemos caer ni en la crisis moral, ni en el aventurerismo suicida.

Unidad de doctrina y de acción es lo que requiere la hora actual. Sobre la unidad de doctrina que no puede ser sino la católica y nacionalista, la unidad en la acción. De no conseguirse este orden, córrese el riesgo de perderse todo. No hay posibilidad de una auténtica restauración, sin una doctrina firme y segura. Si el nacionalismo es la afirmación en grado máximo del ser nacional, vale decir la toma de conciencia de las tradiciones en derredor de las cuales se ha formado y fortalecido la Patria, resulta preciso evitar que vacíen esas tradiciones. Si el nacionalismo argentino es católico, y encuentra en el catolicismo su base primordial, es necesario que salga en defensa de Cristo y su Iglesia, dónde y cómo sea. En una palabra, hoy más que nunca es fundamental conocer cómo pelear, cuándo pelear y contra quién pelear, o sea, hay que conocer el límite entre la violencia lícita e ilícita. El panorama que despunta nos exige esto.

No sería extraño que mañana, cuando las acciones se radicalicen, cualquiera de nosotros cayera atravesado por una bala. Es que la vida, para quienes la conciben seria, seve-

ra, esto es, para quienes sienten necesidad de ofrecerla, en servicio, a Dios y la Patria, tarde o temprano epiloga trágicamente. Si hay que morir, pues, que sea por un ideal, el más puro. El sacrificio bienvenido, pero sólo por Dios y nuestra Argentina. En la aceptación del sacrificio sin reparos ni cabildeos, vale decir, en el desprecio a la muerte, se encuentra lo propio de todo caballero; es allí donde reside lo esencial de la vida que aborrece toda concesión, toda cobardía cuando de defender lo más puro se trata.

Si hay que matar, otro tanto; recordemos que la violencia no se justifica por sí misma, sino en tanto se acomoda a un ideal superior permanente. Es frente al embate del enemigo en aquello que constituye el ser nacional, que debemos reaccionar y vindicar la violencia. Ni se quiera sostener, pues, aduciendo un pacifismo trasnochado o un catolicismo fraguado, que, ante la violencia que subvierte y destruye las esencias patrias, cuadra mejor una actitud de resignada espera. Eso se lo dejo a los híbridos, a los que ayer trocaron países por coexistencia, y hoy truecan votos por principios; a los que pretextando no querer enrolarse en ningún "extremismo", se abstienen de participar en la lucha, para después volver, cuando el peligro ha pasado, a ocupar el lugar de los héroes. Si llega el día, como creo que llegará, en que la defensa de la Patria deba ser asumida con las armas, recuerden que la vida no es neutral; está hecha de grandes decisiones, que suponen otros tantos sacrificios: entre Dios y Satanás, entre la Patria y la antipatria, entre el Bien y el Mal, entre lo verdadero y lo falso, no existe término medio posible. O con uno, el valor absoluto, o con el otro, la nada absoluta.

Ya termino, pero antes quisiera hacer dos pedidos. El primero, que los diversos grupos formados en el curso del año pasado y del presente año

El Topo Blindado

traten por todos los medios, de tener vida propia y de desarrollar las actividades para las cuales han nacido. En la medida que ello ocurra como, de hecho, creo que está ocurriendo, el nacionalismo habrá recobrado su lugar en la Universidad, tendrá su revista, podrá poseer un lugar para dictar conferencias y reunir a las distintas agrupaciones. Y todo esto, porque algún grupo, dejando de lado las pujas y los caudillismos que siempre han entorpecido nuestra labor práctica, trabajará en las facultades y en los colegios secundarios; otro se encargará de editar una publicación;

otro dispondrá de un local donde nos podamos reunir, y todos, así iremos conociéndonos y complementándonos mejor. En cuanto al segundo pedido no soy yo, por carecer de autoridad, el más indicado para hacerlo. No obstante, me permito recordarles que, de salvarnos, será por la gloriosa intersección de la Santísima Virgen María, a quien la Argentina está consagrada. No perdamos, pues, las esperanzas y, mientras en tensa vigilia, aguardamos los acontecimientos que sabemos graves, recemos con fervor al immaculado corazón de María. Muchas gracias.

El Topo Blindado

Discurso del doctor Luis María Banderieri.

El Nacionalismo, esa corriente que se incrusta en la política del país con una ejecutoria de coraje y de grandeza; el Nacionalismo, disciplina enderezada a la asunción y cumplimiento de nuestro destino histórico, se manifiesta otra vez, a modo de una anomalía inextirpable destinada a poblar de pesadillas la precaria paz del Régimen.

El Grupo de la Reconquista, parte integrante del movimiento Nacionalista aún no concretado, pero exigido de modo ineludible por la tensa expectativa de todos los argentinos de bien, inicia, con este acto, la primera jornada de ese regreso, de esa vuelta que las circunstancias hacen impostergable.

La tarea no es sólo difícil; debe ser, necesariamente, común. La labor fundacional y organizativa del Movimiento en que se encuadre la Oposición Nacionalista —única alternativa real frente al Régimen— requiere de quienes la intenten amor acendrado, paciencia superlativa, y el destierro de toda vanidad, de toda jactancia, de ésas tan comunes en nuestros agrupamientos, y que la grave-

dad de los momentos, y lo trivial de los motivos que las sustentan, vuelven hoy un verdadero pecado capital.

Queda en claro, entonces, el sentido de esta reunión. Al Grupo de la Reconquista le ha correspondido dar la primera voz para convocar al nacionalismo aletargado. Otros grupos, otros hombres, tal vez, sean los llamados para dar cima a esta empresa de unidad que hoy dejamos planteada.

Mientras tanto, los integrantes del Grupo de la Reconquista no andan a la caza de ventajas, ni las prometen por anticipado. Sólo piden un puesto en el movimiento a nacer de la conjunción de todos los camaradas.

No constituimos ni un club para tejer a un tiempo teorías demasiado altas y maquiavelismos en pantuflas demasiado rastreros, ni una capilla para surtir el servicio diplomático de cualquier golpe afortunado. Ni siquiera anteponeamos el grupo que formamos al movimiento que queremos, y afirmamos que, logrado el objetivo de dar organicidad al nacionalismo, el grupo debe romper sus filas para que cada uno pueda dar todo de sí al movimiento, sin otra atadura. Como en la parábola de los operarios de la viña, los jornaleros de la hora primera no pueden exigir otra paga que la a todos debida: quizá su privile-

El Topo Blindado

gio estribe en haber sido obligados a redoblar el ahinco y el esfuerzo.

Pero hablamos de unir al nacionalismo, de luchar por el nacionalismo. Y cabe preguntarse si el nacionalismo tradicional tiene todavía algo que dar a la política y a la Patria. Porque no faltan voces que nos dicen que la nuestra es una idea fósil, un recuerdo rupestre de años superados, una tendencia noble que el "ritmo de los tiempos", el "sentido de la historia" ha de relegar definitivamente al olvido. No es extraño que todo esto se disfrace de "realismo político", y que se equipare, con algún artilugio dialéctico, la definición de la política como arte de lo posible, con el difícil ejercicio de comulgar con ruedas de molino.

Pero la mejor prueba de que el nacionalismo vive es que el nacionalismo inquieta. Y entonces, sus enemigos se apresuran a bastardearlo, convirtiéndolo en chafalonía para uso del aparato ideológico marxista, como sucede con tanto melifluido y reciente "izquierdista nacional" o "nacionalistas revolucionarios". O, si no, se ocupan simplemente en rebajarlo, como los malos bodegueros, con el agua de charco de su parloteo sociológico. Y así nacen nacionalismos de tono tecnocráticos y asépticos, con la última receta teórica entre las manos y el primer acomodo trabajándoles el cerebro. Aún hay más; los que alguna vez transitaron nuestro campo, hasta con honor y excelencia, los que alguna vez pelearon en la buena guerra y hoy, a modo de remedos del Doctor Fausto, han pactado una parte para acabar perdiendo el todo. Sucumbiendo al fulgor de una estrategia, a la primera guiñada de una táctica cualquiera, han desembocado en triste felonía; porque más grave que atacar una verdad fundamental es achicarla a la medida de la pequeñez del momento.

Contra todos, el nacionalismo, con ese talante incomprensible para los

de afuera que da a su mensaje el aire de la paradoja y el acento del desafío, constituye el último resguardo para que la Argentina no se diluya. Porque aquí reside la razón de que los nacionalistas se alistén de nuevo: el único anhelo manifestado en nuestra Patria, hoy, sea en quienes la conducen o en quienes acechan para arrebatárselos el mando, es eclipsarla, disolverla, matarla, en definitiva, como Nación.

Por eso, porque no se trata de ejercer tan sólo el alegre derecho de la opinión irresponsable; porque lo que está en juego es algo más grande y permanente que la reforma constitucional o la política de hidrocarburos, hay nacionalismo otra vez; porque estamos en crisis y en crisis definitiva y volcánica, hay de nuevo nacionalismo. Porque no debe olvidarse una definición magistral que alguien dijera: "el nacionalismo es el movimiento de la nación airada". Y hay sobrados motivos para la ira en este presente cuando el panorama político de la República posee ya la atmósfera crapulosa de un garito donde los tahúres han arreglado su juego.

Por todo eso, en fin, un grupo de nacionalistas ha tendido esta mesa un Día de la Raza, fecha que al traernos un lejano eco de gesta católica e hispana, nos acerca a la patria intransferible de los argentinos. Porque ese día nos recuerda la esencia de nuestro ser, nos invita, en el presente, a renacer; a cumplir con ese imperativo poético aplicable a hombres y naciones: Llega a ser el que eres.

Y como método para serlo, nada mejor que las palabras que hace unos días dijera, a modo de consigna para este tiempo, Ricardo Curutchet: "ni una palabra innecesaria de más; ni un hecho necesario de menos". Cada uno, al salir de aquí, sabrá, en conciencia, qué cosas le obligan para con la Patria, para con el movimiento.

Discurso pronunciado por el señor Ricardo Curutchet:

Convocados por una de las efemérides más gloriosas de la Cristiandad, se reúnen alrededor de esta mesa unos centenares de argentinos fieles a su propia Historia. Esta autocalificación elusiva de la actualidad, confiesa el orgullo del origen, y la voluntad de que la prosapia nacional no se prostituya. Implica por lo tanto un acto de suprema decisión consistente en afirmar que la Argentina no será arrebatada de nuestras manos. Pero como la empresa de la desnaturalización, el vaciamiento y la desintegración final de la Patria, lleva hoy más de un siglo de comenzada —digamos que ciento veinte años, para precisar en el tiempo el hecho infausto de Caseros— la empresa contraria, la nuestra, debe ya librarse bajo el signo epónimo de la Reconquista.

Al proclamarlo así, no incurro en hipérbole alguna respecto de la rea-

lidad. Más aún; para que el testimonio sea completamente veraz es necesario reconocer, sin cobardía ni tonto optimismo, que la Argentina vive hoy bajo un estado de guerra que no se desarrolla en sus fronteras geográficas, sino en lo hondo de su textura nacional —peor todavía—, sin cuya urdimbre armónica y recia, aquéllas carecerían de sentido.

Si; contra los constitutivos reales de su ser concreto, es que el enemigo empeña su sucia y tenaz batalla. Sabe bien que el día en que haya logrado aplastar o tan sólo limar su Fe religiosa, negar o mentir su historia, sustituir su idioma, adulterar sus tradiciones, transformar sus costumbres, desconectar y esterilizar su inteligencia, es decir quebrar su estructura cultural-histórica, ese día aciago y previsible, le habrá sometido el ánimo, condición del ser, y enervado el ánimo, esto es la voluntad para ser. Y entonces sí, será definitivamente el dueño de su economía y sus finanzas; sus fuentes de riqueza, su producción y su comercio; su trabajo, sus leyes, sus hombres, sus armas, su es-

El Topo Blindado

tado, su destino y entonces sí, el pueblo argentino dejará de serlo en todas sus connotaciones singulares, y, arrancado de cuajo de sus raíces, despojado del género de su raza, despojado de sus instrumentos políticos, castrado en su virilidad histórica, aunque satisfecho quizás en sus apetitos interiores, se convertirá en una masa vegetativa que apacentará en un territorio circuido por fronteras porosas y removibles: la patria se habrá disecado, la nación se habrá muerto.

No me estoy sirviendo de metáforas. Por el contrario, cada una de las notas enunciadas es fácilmente ejemplificable, y el conjunto de ellas configura el cuadro de nuestra más tangible realidad de hoy, y permite trazar la perspectiva de nuestra realidad futura.

¿Será necesario hacer pormenorizadamente el catálogo de las calamidades públicas que azotan al país desde que comenzó el pocas veces, y siempre incapazmente, ininterrumpido desarrollo de su decadencia íntima? No lo creo. Más útil me parece abrir el juicio respecto de las fuerzas —reales o ficticias, pero todas con personería formal— que ocupan nuestro escenario político y se disponen a sellar la muerte inmediata de la Nación.

En este sentido tampoco cabe hacer demasiadas discriminaciones. A todas ellas las une el común denominador del Régimen, que todas denuncian, pero a cuyas reglas de juego, finalmente, se someten y contra el cual —pese a los tragicómicos pasos de alianzas y contra-alianzas, frentes y contrafrentes— no logran articular un solo credo, un solo pensamiento distintivo que demuestre su razón autónoma de ser. Incluyo en esta apreciación al partido presuntamente mayoritario, que de multitudinaria encarnación popular del nacionalismo cultural, hace más de dos décadas, se aviene hoy, luego de otras traicio-

nes, a aportar a la gran farsa su consentimiento expreso y revitalizante, aunque hartado negociado, y negociable, "decálogo". E incluyo, desde luego, al partido que gobierna, que es aparentemente el partido militar, fruto del acto fallido llamado "Revolución Argentina"; la más pensada, organizada, instrumentada, ingloriosa y persistente estupidez, cometida jamás por ninguna fuerza armada de la Tierra.

Sobre lo que haya de pasar, ninguna hipótesis es descartable. Entre ellas, la de que el no sé cuántos de marzo haya votaciones. Que no serán libres, eso ya se sabe; por eso no las llamo elecciones. Y que no significarán ninguna solución profunda ni duradera de los problemas que angustian al país, eso debe saberse. ¿Por qué? Porque implicarán una vuelta a fojas cero, tras siete años de vida nacional arrojados al tacho del tiempo perdido, sin una abjuración sincera de errores, sin una rectificación de conductas, sin una renovación de elencos, sin un reconocimiento inteligente de que la desventura de la Nación tiene causas más raigales que el fraude, la inflación, el dirigismo o el liberalismo estatal, las bandas criminales armadas, o las leyes represivas. Sin otra novedad que la marxistación unánime, irresponsable y oportunista de los programas económicos, convertidos en tabla única de valores para el juzgamiento de los problemas argentinos y única clave para su salvación.

Como no es forzoso —ni tampoco conveniente— tener un pensamiento político nuevo cada mañana, me voy a tomar la libertad de repetir aquí las reflexiones que sobre el mismo tema les leía a algunos amigos hace pocos días.

"Aquella desventura, disimulada hasta hace poco por la "carcasse" del orden formal que brindó el viejo Régimen, se hace hoy crítica cuando el enemigo de las esencias nacionales no

El Topo Blindado

es ya el caduco liberalismo sino el marxismo, vigorosa filosofía política que se propone fundar sobre aquellas ruinas una nueva sociedad, crear un hombre nuevo, postular una nueva teología, realizar el **proyecto** de una nueva Nación, necesariamente distinta y contraria de la Argentina histórica.

Yo vuelvo a preguntar: ¿hay algún partido político o continuación de ellos —incluido el que gobierna— que denuncie esta realidad, que la registre siquiera? **La respuesta es no; absolutamente no.**

Y no lo hace porque no pueden, y no pueden porque no tienen vivencia de la Patria y no la tienen porque han dejado de entenderla. Por eso se refieren a ella, que es un ser vivo, como un "proyecto", mediante una fría lucubración sociológica que sólo sabe referirse **al futuro**, como condicionante del presente. Visión que implica una aberración de la inteligencia y comporta una aberración de la inteligencia de las cosas.

Pues bien, la responsabilidad del Nacionalismo frente a la hora actual consiste en sentir a la Argentina como raíz, es decir, en reasumirla con todos sus valores fundacionales. Y para así, no por meros ideologismos, sino por razones vivas, histórico-existenciales, defender con convicción la independencia económica y la soberanía política de la Patria.

Para esta empresa de Reconquista su deber es organizarse en fuerza política autónoma, en unificarse dentro de una estructura; todo lo flexible que se quiera, pero capaz de dar eficacia activa a la lograda coherencia de su pensamiento. Capaz de ordenar para esta fuerza a qué he aludido, a todas las fuerzas dispersas por la inacción o, peor aún, por la acción inorgánica. Para ello habrá que cerrar muchas capillas, romper muchos ensimismamientos, ceder en muchos afanes perfeccionistas, desconfiar menos, debatir menos, hablar menos...

Primero. Porque todo lo sustantivo está dicho y aceptado.

Segundo. Porque el enemigo está encima y no tenemos tiempo.

Tercero. Porque esta es la hora de la acción.

Por ello sugería —y lo repito ahora— esta norma de trabajo: **"Ni una palabra innecesaria de más. Ni un hecho necesario de menos."**

* * *

Era un hecho necesario que el Nacionalismo auténtico (nacido de la confluencia de la Fe, primera virtud teologal, con el amor a la Nación, bien supremo de la política) rompiera el obstinado silencio en que estaba sumido, formulara en alta voz su juicio e hiciera esta convocatoria a la Reconquista de la Patria.

